



PETER BROWN

EL MUNDO DE LA
ANTIGÜEDAD
TARDÍA

Prólogo de
José Enrique Ruiz-Domènec



Este extraordinario estudio sobre los cambios culturales y sociales en la Antigüedad Tardía (aproximadamente desde el año 150 hasta el 750 d. C.) explica cómo y por qué aquel periodo supone un distanciamiento de la «civilización clásica». El autor demuestra que esta fue la época en que se produjo la irremisible desaparición de la mayoría de las instituciones antiguas más arraigadas: en el año 476, el Imperio Romano había desaparecido por completo en la Europa occidental, y en el año 655 el Imperio Persa había desaparecido por completo de Oriente Medio. Brown examina estos cambios, y las reacciones de los hombres que los vivieron, y muestra que aquel periodo fue también una época de señalados comienzos. El resultado es una respuesta lúcida a una pregunta crucial en la historia mundial: ¿Cómo es posible que un mundo tan excepcionalmente homogéneo como la civilización mediterránea del año 200 d. C. se dividiera en tres sociedades: la Europa occidental católica, el Imperio bizantino y el islam, que vivieron mutuamente enfrentadas durante la Edad Media?

«Imperio, aparato del Estado (no más de mil individuos), oligarquías locales: Peter Brown afronta la microfísica del poder romano al tiempo que cuestiona el concepto de decadencia. ¿Cómo no hacerlo? Los germanos eran requeridos en el Imperio; eran los libertadores de los colonos agrícolas».

JOSÉ ENRIQUE RUIZ-DOMÈNEC

PRÓLOGO

por

JOSÉ ENRIQUE RUIZ-DOMÈNEC

En junio de 1996, Peter Brown estuvo en Barcelona. Aceptó la invitación que le había realizado meses atrás para que dictara la conferencia inaugural de la XXIV Semana Internacional de Estudios Medievales. Bill Christian me ayudó a convencerle. Una misión difícil, si tenemos en cuenta la apretada agenda de un historiador de renombre internacional. Buscaba con ello unir la Universidad Autónoma de Barcelona a la lista de universidades ilustres vinculadas a su actividad: Alls Souls College y Merton College en Oxford, Berkeley, Londres, Princeton, Padua, Harvard, UCLA o Collège de France. Aquellos días se mostró como una personalidad generosa, cordial y abierta. El hombre sabio capaz de moverse en todos los espacios. Me propuso que le eligiera un número de estudiantes relevantes, a los que invitó a un desayuno de trabajo en el hotel en que se hospedaba, en plena plaza de Cataluña. También aceptó con respeto los honores asociados a su prestigio. Le conduje al Palacio Requesens y le convencí de que formara parte como académico correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Aceptó encantado, con una naturalidad asombrosa, agradecido y, al mismo tiempo, sin darle excesiva importancia.

Entre actos, me hablaba de su interés por el estudio de los santos como árbitros de la cultura. Fue estupendo comentar con él las iniciativas de amigos comunes, como

Sophia Bosch Gajano, que le quería llevar a Roma, en una inolvidable comida en el restaurante Siete Puertas. Fueron en verdad unos días estupendos. La situación mejoró, si cabe, durante el viaje al valle de Boí. Peter Brown quería conocer las iglesias románicas de la zona, en especial Sant Climent de Taüll, cuyo pantocrátor admiró en su ubicación museística. Me resultó enriquecedor comprobar el acercamiento a lo sagrado por parte de un hombre alejado de las interpretaciones dogmáticas de la religión católica. En ese hermoso lugar pirenaico emergió el verdadero espíritu de Peter Brown, sus raíces irlandesas.

Peter R.L. Brown nació el 26 de julio de 1935 en Dublín (Irlanda). Siguió una carrera poco ortodoxa para aquellos tiempos. A los treinta y dos años se hizo un nombre entre los estudiosos del mundo antiguo al escribir una biografía de san Agustín (se la publicó la editorial Faber, de Londres). Un libro que tuvo suerte al atravesar el Canal de la Mancha: tanto en Francia como en España, y quién sabe si también en otros lugares, no tuvo la adecuada ubicación. Traducido por editoriales católicas, su texto choca con sus lectores, que se resisten a una interpretación poco ortodoxa del norte de África en el siglo V, en particular del donatismo. Valorado como una herejía por la Iglesia de Roma, pocos lo habían visto como lo que realmente fue: una disidencia de la población mayoritariamente de origen berebere con respecto a una clase dirigente romana, insensible a los problemas sociales y económicos en una época de subida de precios y caída de los beneficios comerciales y las rentas agrarias. El donatismo no fue estrictamente una revuelta social, pero tuvo en la agonía de las clases desprotegidas la razón de su anclaje. San Agustín vivió de cerca el conflicto y se preocupó tanto por él como por los rumores de las «invasiones» bárbaras. En ese libro, Peter Brown dejó claro que iba a proponer una lectura de ese pasado bastante diferente a la de los manuales escolares;

una época cargada de problemas debidos a la caída y decadencia del Imperio romano.

En realidad, lo que desde el siglo XVIII con Edward Gibbon llamamos la caída del Imperio romano no fue más que un desarreglo político y un desajuste militar en las provincias romanas de Occidente (Britania, Galia, Norica e Hispania). A su estela, el retorno de los reyes para gobernar ese mundo que el Senado y el pueblo de Roma habían dejado a su suerte. Estas ideas están en el punto de partida de su libro más famoso, el que el lector tiene ahora en sus manos. En 1971, la editorial londinense Thames and Hudson le propuso que escribiera una síntesis sobre el complejo período de Marco Aurelio a Mahoma. Al aceptar el encargo, era consciente de que se enfrentaba con un gran reto y, al terminarlo, se dio cuenta de que había escrito un gran libro y había acuñado un término para la posteridad. El título *The World of Late Antiquity*, «El mundo de la Antigüedad tardía», respondía a la triple herencia consumada por décadas de estudio sobre los siglos II al VII: la fractura silenciosa en la sociedad romana tras la muerte de Marco Aurelio, comenzada por su hijo Cómodo y continuada por la dinastía de los Severo; la lenta renuncia a los valores clásicos, incluido el valor del cuerpo, y, en tercer lugar, una crisis económica generalizada que consigue dividir el Imperio y dejarlo indefenso ante las sacudidas de una constante inmigración de pueblos «bárbaros» y sumido, con la desaparición del Imperio persa sasánida, en la mayor guerra del mundo que la historia ha visto.

Esta triple herencia historiográfica había otorgado un contenido a los estudios sobre la etapa final del Imperio romano, orientados a perfilar la tesis de Edward Gibbon: el Imperio no supo hacer frente a los cambios históricos, como proponía Ferdinand Lot, no fue capaz de equilibrar sus instituciones con la integración del cristianismo, decía Santo Mazzarino, quedó afectado por una sorda revolu-

ción social resultado, a su vez, de una crisis económica generalizada, proponía A.H. Jones o, simplemente, fue asesinado por los bárbaros, como espetó André Piganiol al final de un libro extremadamente polémico. En todo caso, los administradores imperiales y los gobernadores de provincias, cuestores y pretores, con la legitimidad que les daba el Derecho romano, no se dieron cuenta de que en las tierras entre Britania y el Adriático, entre la frontera del Rin y las Columnas de Hércules, la renovación de la vida económica, social y cultural solo podía hacerse por las redes construidas por las comunidades cristianas y regentadas por los obispos y jamás mediante la tiranía burocrática y militar de los ilirios. Por ignorarlo, por servilismo ante el modelo ideado por Diocleciano de la Tetrarquía, el Imperio se vio atado primero con las cuerdas doctrinales de la dinastía constantiniana y luego con las sedas palaciegas de la dinastía de los Valentiniano.

Si la historia de la Antigüedad tardía tiene un sentido, Peter Brown se lo otorgó a través del estudio de aspectos hasta ese momento poco investigados: el valor del cuerpo, el papel de los santos, las transformaciones de la moral cristiana, la deriva del paganismo, la función de los obispos como responsables de la Iglesia, vale decir, de la *domus episcopi* que en esos años se correspondía con todo un barrio; en definitiva, un estudio que entiende la sociedad romana como una realidad histórica, no como una suma de valores, según la habitual tendencia de los estudios humanísticos.

Seguramente fue este método histórico lo que más interésó a Michel Foucault. Desde su encuentro en Berkeley, ambos mantuvieron una estrecha amistad. Para consolidarla, Peter Brown acudió al Collège de France en 1982 a dictar cuatro conferencias. Paul Veyne estuvo en ellas. Le pidió entonces un texto para publicar en el tomo primero de una historia de la vida privada que se estaba gestando bajo la dirección de Georges Duby y Philippe Ariès. El tex-

to se publicó originalmente en francés en 1985 con el título *Vie privée à la fin de l'Antiquité*. Y esto (y algunas cosas más) es lo que le convirtió en un historiador de referencia mundial; de cita obligada en los ambientes interesados en descubrir el discurso cognitivo de la patrística.

Imperio, aparato del Estado (no más de mil individuos), oligarquías locales: Peter Brown afronta la microfísica del poder romano al tiempo que cuestiona el concepto de decadencia. ¿Cómo no hacerlo? Los germanos eran queridos en el Imperio; eran los libertadores de los colonos agrícolas. ¿Cómo entender que durante siglos se les vistiera con esos rasgos hirsutos, rústicos, que aparecen constantemente en los cuadros y las películas? La famosa decadencia del Imperio romano es una ilusión retrospectiva, una proyección de las ideologías modernas y una explicación causal tan simple como inútil; o, como dice Paul Veyne, el problema de la caída del Imperio romano *n'existe pas*. Es una transformación radical, eso sí, de los valores clásicos, del modo de vida «romano», probablemente también de su sentimiento de superioridad moral ante los pueblos bárbaros. En esa transformación, lo importante fue la invención de un mundo nuevo, que se pudiera adaptar al triunfo del cristianismo. Asombro entre los que no están sensibilizados con estas ideas de Peter Brown, los que viven aún a la sombra de los viejos tópicos. ¿Dónde encontrar las claves de esta transformación «en positivo» de la vida romana? Se encontrará en el relato trazado por él que conduce a Constantino desde Britania a Roma y culmina con el decreto, mal llamado Edicto de Milán, por el que se declara ilegal la persecución de los cristianos.

Los buenos soldados romanos están al frente de las maniobras que los generales trufados en emperadores emprenden para conquistar el poder con el fin de instalar una nueva y revolucionaria concepción de Dios. El *Zeitgeist* del siglo IV tiende a encontrar acomodo a este cam-

bio, pese a las resistencias promovidas por el emperador Juliano, al que la posteridad conocerá como «el Apóstata», que situó su suerte (y su vida) en una guerra contra Partia, que perdió. Con su muerte, prende el cambio en la sociedad romana y ya no la abandona en los próximos siglos. Un fenómeno de civilización. Aquí Peter Brown necesitó profundizar. La expansión del estilo de vida y de la moral cristiana es un problema que no encontró respuesta en las páginas del libro que aquí se prologa; eso le obligó a seguir la investigación a través de las vicisitudes del Derecho romano en la completa convicción, y esta es una idea sumamente original, de que «el pilar sobre el que se apoyó el triunfo del cristianismo fue el Derecho romano». Tuvo la oportunidad de desarrollar esta tesis gracias a Jacques Le Goff, que le propuso escribir sobre el origen del cristianismo en la formación de Europa para una colección dirigida por él. El resultado fue *The Rise of Western Christendom: Triumph and Diversity, A.D. 200-1000*, cuyo original lo publicó la editorial Blackwell de Oxford en 1996 [*El primer milenio de la cristiandad*, Barcelona, Crítica, 1997]. El mundo romano se transfiguró en el mundo cristiano-romano, sin que ello implicase decadencia.

La tesis, una vez formulada, no gustó en determinados ambientes. La tesis era (y es) un escándalo. Es muy fácil guarnecerse detrás de los viejos tópicos sobre el sentido de la Roma antigua cuando adoptó el cristianismo como religión oficial. Es a veces divertido y a la vez triste convertir ese momento histórico en el escenario de un relato de bárbaros sedientos de sangre, de religiosos abnegados y una sociedad perpleja ante el fin de una civilización más que secular. El positivismo consiste en escribir el relato de una cadena de hechos que provocaron la irremediable desaparición del aparato del Estado romano, el fin en términos paródicos de Roma al ser destronado el niño que portaba la diadema imperial y llevaba los dos nombres más cargados de símbolos de toda la historia de Roma: se

llamaba Rómulo Augústulo. El escándalo, la verdad insospechada, es la que leemos en los textos de Peter Brown con su reconocible estilo. Leamos un ejemplo, las palabras finales de su excelente y debatido *The Boy and Society* (Nueva York, Columbia University Press, 1988) [*El cuerpo y la sociedad*, Barcelona, El Aleph, 1993]: «Para las personas modernas, cualesquiera que sean sus creencias religiosas, los temas de la Iglesia primitiva, como la renuncia sexual, la continencia, el celibato y la vida virginal, conllevan matices gélidos. El mismo hecho de que la Europa y la América modernas procedan del mundo cristiano que sustituyó al Imperio romano en la Edad Media ha asegurado que, incluso hoy, estas nociones sigan cerniéndose sobre nosotros como presencias pálidas y prohibidas. Los historiadores deben aportarles la debida cantidad de sangre roja y caliente. Al estudiar su contexto social y religioso preciso, el investigador puede devolver a estas ideas un poco del interés humano que tuvieron en su época. Cuando se haya hecho esta ofrenda, es posible que las sombras heladas vuelvan a hablarnos, y tal vez más dulcemente que lo que suponíamos, en la lengua extraña de una cristiandad hace mucho tiempo desaparecida. Si es que su mensaje habrá de servirnos de ayuda o de consuelo para nuestros tiempos, eso es algo que los lectores deben decidir por sí mismos».

Asegurar la comprensión del pasado remoto en un lector actual es la preocupación fundamental que atraviesan las páginas de los libros de Peter Brown. Es lo primero y fundamental que debemos entender a la hora de leer este libro. Aliento de una necesidad de compromiso intelectual con su tiempo que le conduce a recuperar el pasado con el máximo rigor histórico. Únicamente ese rigor puede ofrecernos, de forma simultánea, el conocimiento de aspectos desconocidos de una época fundamental en la construcción de la nuestra y la garantía de hacernos mejo-

res ciudadanos a medida que sabemos que el porvenir descansará en una historia de buena calidad.

En su citada conferencia en Barcelona el 26 de junio de 1996, Peter Brown señaló que la verdadera víctima del cristianismo no fue el Imperio, ya que entre ambos se había creado una estrecha colaboración, sino que lo que en realidad se sacrificó fue la ciudad antigua. El siglo V consumió este hecho y, por primera vez, ubicó la cultura en espacios cerrados, los monasterios, y buscó en ella no el placer de entender la realidad humana, sino el sentido de una vida que alcanza su plenitud con la muerte. El tiempo de Horacio era el pasado. A partir del irónico giro ideológico, de una vida interior de renuncia, los Padres de la Iglesia concibieron que la verdad estaba en el más allá. Sobre esas ideas se construyó el mundo de la Antigüedad tardía, cuyo marco histórico trazó el propio Peter Brown en el libro que ahora el lector tiene en sus manos.

J.E.R.-D.

EL MUNDO DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

PREFACIO

Este libro es un estudio de cambios sociales y culturales. Abrigo la esperanza de que cuando el lector lo concluya posea algunas ideas de cómo, e incluso por qué, el mundo de la Antigüedad tardía (aproximadamente entre el 200 y el 700 d. C.) llegó a ser tan diferente del «clásico», y cómo, a su vez, los rapidísimos cambios de este período decidieron la diversa evolución de Europa, occidental y oriental, y el Próximo Oriente.

Al estudiar esta época debemos tener siempre presente la tensión entre cambio y continuidad, viva y perenne en ese mundo en torno al Mediterráneo excepcionalmente antiguo y de tan profundas raíces. Por un lado, este período es el momento en el que ciertas instituciones antiguas, cuya ausencia podría haber parecido totalmente inimaginable en un hombre que viviera hacia el 250 d. C., desaparecieron irremisiblemente. Hacia el 476 el Imperio romano se había esfumado del escenario de la Europa occidental; hacia el 655 le ocurría lo mismo al Imperio persa en el Próximo Oriente. Sería demasiado fácil escribir sobre la Antigüedad tardía como si se tratara meramente de una melancólica historia de «decadencia y caída» del Imperio romano, visto desde Occidente, o del Imperio persa –sasánida–, considerado desde Irán. Por otro lado, vamos cayendo en la cuenta, cada vez más, de las nuevas y sorprendentes creaciones ligadas a este período, y nos dirigimos hacia ellas para descubrir por qué Europa se hizo cristiana y el Próximo Oriente, musulmán. Nos hemos vuel-

to extremadamente sensibles al talante «contemporáneo» del nuevo arte abstracto de esta época; los escritos de hombres como Plotino y Agustín nos sorprenden, porque –como en una obertura desconocida– percibimos los primeros acordes de tantas y tantas melodías que un europeo sensible ha llegado a considerar como lo más «moderno» y valioso de su propia cultura.

Al dirigir nuestra mirada al mundo de la Antigüedad tardía nos sentimos aprisionados entre la triste contemplación de vetustas ruinas y la calurosa aclamación de un nuevo nacimiento. Pero lo que nos falta a menudo es percibir cómo era la vida en aquel mundo. Al igual que muchos contemporáneos de los cambios, nos iremos enterando de ellos, y nos haremos extremadamente conservadores o históricamente radicales. Un senador romano podía escribir como si viviera aún en los días de Augusto y despertarse –como les pasó a muchos a finales del siglo V d. C.– cayendo en la cuenta de que ya no había ningún emperador romano en Italia. A su vez, un obispo cristiano podía saludar con gozo los desastres de las invasiones bárbaras como si estos tornaran irrevocablemente a los humanos desde la civilización terrena hacia la Jerusalén celestial; sin embargo, lo hará en un latín o en un griego inconscientemente modelado sobre las estructuras clásicas antiguas y, a la vez, revelará actitudes hacia el universo, prejuicios y esquemas de comportamiento que lo señalarán como un hombre firmemente enraizado aún en ocho siglos de vida mediterránea.

Cómo basarse en un gran pasado sin ahogar el cambio. Cómo innovar sin perder las propias raíces, y, sobre todo, qué hacer con el extraño que está en medio de nosotros..., con esos seres humanos excluidos de una sociedad tradicionalmente aristocrática, con pensamientos a los que una cultura ancestral niega la posibilidad de expresión, con necesidades no contempladas por una religión convencional, con el forastero de más allá de las fron-

teras... Tales son los problemas con los que ha de enfrentarse cualquier sociedad civilizada, y que en la Antigüedad tardía eran particularmente espinosos. No me imagino a un lector tan insensible a la idea de Grecia o Roma del período clásico o tan indiferente a la influencia del cristianismo a quien no le apetezca llegar a formarse un cierto juicio sobre el mundo de la Antigüedad tardía, mundo que contempló la radical transformación de aquellas y la victoria sobre el paganismo clásico de este. Pero debo dejar bien claro que al presentar el devenir de este proceso me he concentrado en el modo como los hombres de la Antigüedad tardía afrontaron el problema del cambio.

El Imperio romano cubría un territorio vasto y diverso: las innovaciones que experimentó en este período fueron complejas y variadas. Se escalonan desde procesos obvios y bien documentados –tales como las repercusiones de la guerra y los elevados impuestos que recaían sobre la sociedad de los siglos III y IV– hasta mutaciones tan íntimas y misteriosas como las que afectan a las relaciones del ser humano con su propio cuerpo y con sus inmediatos vecinos. Confío en que el lector será paciente conmigo si comienzo la primera parte de este libro con tres capítulos que delinean los cambios en la vida pública del Imperio –del 200 al 400 d. C.–, y vuelvo luego sobre mis pasos para analizar las transformaciones de las actitudes religiosas, menos públicas pero igualmente decisivas, que tuvieron lugar en el mismo período. He procurado especialmente señalar los momentos en los que considero que los cambios en las condiciones socioeconómicas del Imperio se entreveraban con la evolución religiosa de la época.

A lo largo de todo este período, los principales teatros de las innovaciones fueron el Mediterráneo y Mesopotamia. El mundo de los bárbaros septentrionales permaneció en la periferia de esas áreas. Bretaña, el norte de las Galias, las provincias danubianas tras la invasión de los eslavos a finales del siglo VI, quedan fuera de mi ángulo de

visión. La narración gravita por sí misma hacia el Mediterráneo oriental; nuestro relato termina con mayor naturalidad en la Bagdad de Harun al-Rashid que en el remoto Aquisgrán de su contemporáneo Carlomagno. Confío en que el lector (y especialmente el medievalista acostumbrado a tratados generales interesados sobre todo en el surgimiento de la sociedad occidental posromana) me perdone si me mantengo en los límites de esta región. Para Europa occidental tendrá guías seguros, de los cuales ambos somos igualmente deudores.

Nadie puede negar los estrechos lazos entre las revoluciones social y espiritual de la Antigüedad tardía. Ahora bien, precisamente porque tales vínculos son tan íntimos no pueden reducirse a la relación superficial de «causa y efecto». A menudo el historiador solo es capaz de afirmar que ciertos cambios coinciden entre sí, de tal modo que uno no puede entenderse sin referirse al otro. Una historia del mundo de la Antigüedad tardía en el que desfilaran todos los emperadores, bárbaros, soldados, terratenientes y recaudadores de impuestos crearía una imagen tan descolorida e irreal de la condición de esa época como la que produciría una narración que se ocupara tan solo de las almas recoletas, de los monjes, místicos y pavorosos teólogos de aquel tiempo. Debo dejar al lector la decisión de si mi relato le ayuda a comprender por qué tantos cambios, y de tan diferentes clases, convergieron para generar este período tan característico de la civilización europea que llamamos la Antigüedad tardía.

La revisión de este libro debe mucho a la vigilancia de Ph. Rousseau, cuyo cuidado ha ido más allá, como ocurre a menudo, de la comprobación de fechas y citas; y su conclusión debe muchísimo a mi mujer, cuya curiosidad y sensibilidad por los períodos de cambio he compartido gozosamente durante muchos años.